



VERGEL

// Fabián Fernández

Seudónimo

Este calor no les acaba las ganas de hablar. Esa gente se reúne y se apiña como suplicando *ese calorcito* ajeno que da piquiña. Sus congregaciones me hacen sudar con sólo verles las caras brillantes y la humedad del sudor en la ropa. Pero no se separan un minuto, aunque se les hinchen las venas del cuello y se les pongan las caras rojas. Hablan y hablan y hablan... No se callan.

Por ahí acabo de ver a ese que siempre anda borracho. Se iba tambaleando como de costumbre. No sé por qué beberá tanto; a lo mejor por el calor, será porque estamos a mediados de mayo y el sol se siente más bajito; hasta los pájaros vuelan al ras de las cabezas. Con el alcohol todo es perfecto, hasta el llorar

dando vueltas en la cama como si las sabanas fueran amarillas, y después dormirte ¡puf! Así. ¿Quién, teniendo espacio en la cima, prefiere seguir siendo terrenal? Esta pregunta resumiría lo que es el cigarrillo para mí, y tal vez, al mismo tiempo, respondería lo que siente ese con el trago, o lo que sienten esos al hablar. Tal vez sea que todo placer comienza como hábito y no nos damos cuenta de ello hasta que estamos sobrios o solos. Hace cinco minutos me fumé el último cigarrillo de mi vida. No hay nada poético ni profundo en la frase; simplemente me resigné —Ahí está, muriendo a cinco pasos de mí—. Antes creía firmemente que la muerte era algo fulminante, que lo transformaba todo, pero ahora sé que tan sólo es un tiempo que pasa. Ya ni siquiera pesa sobre la rutina de las personas. La muerte ha quedado reducida a ser la protagonista en los relatos malos de hoy en día.

La muerte. No sé qué día pensaba yo en aquella planta que tengo dispuesta en una pecera redonda y pequeña sobre el escritorio de mi cuarto (donde tengo amontonados los libros que no me atrevo a leer, aquellos que con sólo ojearlos lo decepcionan a uno profundamente. Jamás en la vida uno podrá escribir así, tan sólido, consistente, ordenado, limpio... no encuentras una sola sílaba de más. Yo nunca he podido lograr eso, yo siempre me pierdo). Llevaba como un mes que no se me daba por servirle agua a la pobre, y aun así, si la mirabas, estaba como meditando, echada a un lado del recipiente con un par de raíces delgadas y marrones sobresaliendo por el borde; pero verde aún. Me recordaba a la gente que veo en las ventanas del transporte, como tratando de pasar a través

del cristal para verse a sí mismas sentadas y meditabundas preguntándose por sus cosas, debe ser un trabajo arduo tratar de esconderse constantemente en medio de tal conglomerado ineludible. A donde quiera que vas hay demasiada gente, ¡qué fastidio lidiar con ellos!, porque no pueden estarse callados un momento. Es como si tuvieran que regular la alta temperatura de la ciudad con su bullicio y eso me inquieta y yo no sé para donde más coger, porque hasta el agua veo evaporarse por el puto calor de sus alientos, y sus humores rancios se me impregnan en la ropa y en la piel, entonces me levanto y me voy: subo escaleras hasta el tercer piso, me siento en una banca y después no sé dónde meterme. Siempre hay por ahí, en el ambiente, el aroma de algún perfume barato, de una crema para peinar dulce o de un suéter mal lavado y eso me desespera; yo prefiero olores fuertes, definidos ¿me entiendes? de algún perfume de marca, de esos suaves pero certeros... hasta toleraría el grajo penetrante y atrevido de un individuo que nunca aprendió a bañarse bien. Pero no, huelen más bien como a un bostezo. Y pareciera que eso son: un bostezo.

Así es la cosa hasta que bajo las escaleras y salgo a comprar cigarrillos; pero eso me calma poco y por un momento, porque el bullicio regresa y aquellos olores mansos empiezan a rondar de nuevo como moscas frente a mi nariz, cuando el círculo de humo que me protege se comienza a dispersar. Y como ahora me he decidido a dejarlo, creo que recurriré al alcohol, ¡hablar con desconocidos, jamás!, ni pensarlo. Recuerdo

los dedos largos y huesudos de aquel *don trago*, y su pulso tembloroso y cómo en la barba le queda una línea de saliva siempre que escupe y cómo se le van los ojos hacia atrás cuando está muy tocado por el ron, por lo que me es imposible recordar el color que tienen. Seguramente negros.

Yo he intentado buscarle la mirada a gente sobria, pero no es lo mismo; esa gente nunca es sincera. Lo hago porque me han dicho siempre que tengo unos ojos bellos y profundos. Yo nunca lo había creído hasta ahora que me miré en el espejo; pero no es que sean bellos y profundos, es que siempre están cansados y a veces siento como si quisieran esconderse detrás de los párpados para no tener contacto con nadie. A mí me gustan más las ojeras que los adornan; esas sí que son profundas... "*son como una sombra lánguida que bordea el ocaso de mi mirada, aquella sombra que vigila y no descansa... jamás descansa*".

En cuanto termine de escribir esto le iré a echar un poco de agua a la planta, a ver qué. Le quitaré aquellos libros de los lados para que tenga vista libre a la ventana, quizá hasta recoja un poco las cortinas para que le entre aire. Tal vez sea una mejor idea ponerla en el alféizar de la ventana; yo quiero que vea el mundo de hoy y se dé cuenta que no es el mismo de ayer, que el encierro lo cambia todo, y que si algunas cosas se ven más brillantes y coloridas, hay otras que se opacan con el uso diario. La sonrisa, por ejemplo. Se me dio por contarle de la vez en la que la mujer más linda que he visto nunca, me sonrió de cerca y pude verle aquellos dientes amarillos, y uno



que otro medio torcido. Aun así me pareció hermosa, porque tiene ojeras profundas y sus ojos parecen echados hacia atrás, halados a la oscuridad, como viendo desde un *Más Allá* en el centro de su cabeza. <<Esos sí son unos hermosos ojos>> me digo siempre. Es que no tienen nada, sólo la negrura de la noche; hasta puedes meter tus dedos ahí y no se queja.

Yo no sé, a mí las mujeres me gustan de esas que siempre están perdidas, que caminan como cortando el aire con dificultad ¿tú qué dices? Esas mujeres melancólicas y dispuestas a lanzarse a cualquiera que le recite unos versos tiernos de Whitman. Esas mujeres se derriten escuchando: “*Los durmientes son muy hermosos en su yacente desnudez*”... pero a mí me da una lástima horrible tocarles un pelo, porque me conozco, y el día en el que mi

cuarto se vea más azul, me quedaré sumido en un silencio incómodo, como siempre, viendo el blanco del techo.

Pues, estando en uno de esos días descuidé las cosas del mundo —no fue culpa mía— y fue tanto el abandono que sus hojas comenzaron a sentir retorcionas, y fueron haciéndose una espiral acartonada. La cosa estaba grave. Se me ve ensimismado es por eso; cada vez que me acuerdo las manos me sudan y me entran las ganas de fumar. Me la quedo viendo a ver si se mueve, buscándole, entre el tallo y las raíces, unas ojeras que adornen unos ojos furiosos; es que aún no entiendo por qué se me presenta tan atractiva, como la mujer más linda que he visto, y que voy a visitar al cementerio siempre, cuando está la tarde fresca.



PENUMBRAS

// Rosemary Macía

Estudiante de Lingüística y Literatura,
Universidad de Cartagena

El escenario: una habitación oscura y una vieja enferma. —De hoy no pasa—, dice para sí en voz baja. Está harta, se cansó de perder las noches cambiando paños sucios y limpiando escupitajos. Y el médico, que al principio le prestaba tanta atención, ya no se fija en ella. Ahora prefiere hablar con la hija que volvió de la ciudad donde estudia enfermería. A ella también le habría gustado estudiar enfermería, pero su padre dice que educar mujeres es botar la plata porque después van a trabajar “es pa’l marío”.

Logró quedarse a solas con la enferma. Dijo a los hijos que podían dormir tranquilos, que la cuidaría como si fuera su propia madre, y se aseguró de pasar la aldaba, por si acaso. Luego saldrá llorando y gritando del cuarto. Tiene lista la ropa para el entierro y ya ha practicado frente a un espejo la sonrisa llorosa que usará cuando el médico le pregunte qué pasó si la paciente estaba mejorando. Es que es tan atractivo... y de buena familia. Dicen que tiene novia, que se va a casar; pero nunca se puede estar seguro de esas cosas.

LA SUICIDA

(Fragmento)

// Anónimo

Hay dolor en el corazón de esa niña, piensa el chico. La ha visto caminar sola las horas frescas, cansadas, oscuras. Sabe de nostalgias, y quién no, se ha dicho al pretender no impresionarse. El césped es verde y el sol fuerte; suda. La sigue y ella lo sabe, pacto secreto entre extraños. Su mirada es triste como la música sola, piensa al detenerse. Ha pasado el tiempo, ahora está en la baranda, el puente es alto, como una torre tocando se desconoce por momentos, se empapan en su humedad, las palpan con los labios, pasatiempo... abajo el mar azul oscuro, violento y brillante a lo lejos, todo lo que no está a nuestro alcance brilla, escucha lo que ella dice y la ve. Es blanca y tierna, un lirio. Su voz sale con alas de su boca, vuela despacio, aviones de papel que caen en el agua de las nubes, barcos zarpando en lo alto... es alto, alto.

Siempre puentes, siempre azoteas donde el mundo es más pequeño, siempre arriba. Barandas evitando la caída, evitando el infortunio. Curioso, había dicho ella, curioso que existan muros en el cielo. Lo recordaba ahora, de pie a su lado viéndola ver hacia abajo con ese brillo en los ojos, brillo metalito, guadaña incrustada en su pecho.

-Nunca fue tan alto este puente, de aquí han saltado muchas personas, cada vez es más alto y nunca vuelven...



-Es la idea, ¿no?

-Es cobarde.

-Los suicidas son ángeles traicionados por Dios, ángeles con las alas rotas. No los llares cobardes.

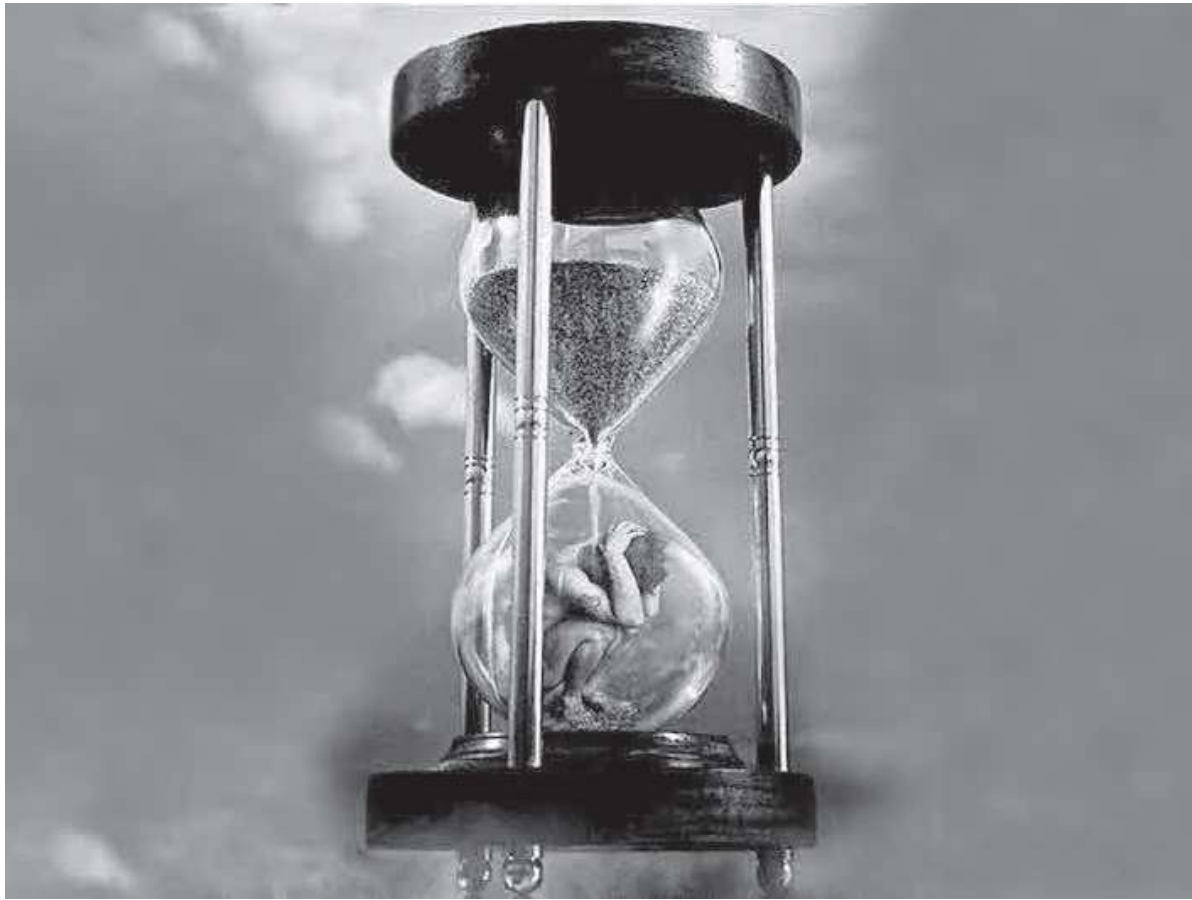
El vértigo sube, el abismo los jala con su corriente de muerte. Los ojos lo han fulminado, estás lejos de ella, lejos cada vez más.

-Hay que romperlo todo...

Sube a la baranda, el viento sopla fuerte, es una bandera en lo alto, ondea hermosa.

-No lo hagas...

-El mar es una línea delgada entre el cielo y la tierra. Hay que romperlo todo.



LA VIDA DEL TIEMPO

// **Enoc Rodelo**

Estudiante Comunicación Social
Universidad de Cartagena

El tiempo es la vida traducida a números. Podríamos pensar en la vida que hay en un año y dos meses, en tres semanas y cuatro días, o siendo más oportunistas, podríamos analizar las experiencias de cada minuto.

El tiempo puede prestarse para esta ridiculez, nos sirve, él es consciente de su existencia inexorable e infinita. ¿Pero nosotros? ¿Deberíamos gastar este tiempo? ¿Hemos de caer en esta trampa? *“La vida la vives o la entiendes, no las dos cosas al mismo tiempo”*

Si acepto que el tiempo es lo mismo que la vida, resultaría que analizar al tiempo es querer comprender la vida y simultáneamente, es desgastar este minuto queriendo comprender lo imposiblemente absurdo. Es como un

tonto juego de palabras, piénsalo bien, caer en ese abismo analítico no parece ser una idea muy inteligente, se perdería la vida. Irónicamente, es lo que hacemos, perderla. No me tilden de incoherente, sucede que tengo una idea por ahí perdida.

Seguiré pensando que el tiempo sinonimiza a la vida. Siendo así, estamos hablando de lo valioso de lo no humano. De hecho, debería haber una moneda denominada “Tiempo”. Si fuera así, analizar el tiempo sería como contar billetes una y otra vez, guardarlos, sacarlos y volverlos a contar. En cierto momento las cuentas no serían las mismas y entonces volveríamos a contar. Eso podría convertirse en rutina o vicio, y al final, sería un ejercicio fútil, pues el dinero, como el tiempo, no se disfruta al contarlo con devoción, sino gastándolo guiado por las pasiones, alejados de la reflexión constante.



NOCHE BOHEMIA

// Anónimo

Se ha preparado toda su vida para este momento
Los reflectores en cada esquina del escenario
lo iluminan solo a él
Se revisa los bolsillos
En uno trae la crispeta que fumará más tarde
En el otro lleva unas monedas para la caña brava
Su espectáculo empieza al término del atardecer
Sus designios son claros
Caminar por las galerías de la ciudad
Tomar vino
Hablar de arte con pintores faltos de color y
aristócratas que ignoran el arte
Aun así, teniéndolo a él enfrente
La naturaleza de sus pensamientos le impide
estar en un sitio por mucho tiempo
Está en búsqueda del verdadero arte
Escarba entre las colillas de los cigarrillos
Entre los cunchos de la caña
En los espacios vacíos de las conversaciones
entre borrachos
Hay un tacho enorme en el cielo que anuncia
el final de su acto
La ovación del público es una ola de aplausos
silenciosos
Él se despide como un gran artista
Se retira a sus aposentos
Las aceras de la ciudad

BALDOSAS

// Eduardo Avendaño

Estudiante Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Al dejar de gatear y andar de pie
Corren intentando ser
Hasta morir agotados.
Pero mi cuerpo sigue en reposo
Inútil
Sobre las baldosas
Desgastadas
Frescas.
Acostado
Soy inmortal.



UNA RADIOGRAFÍA DE 1997

// **Rosemary Macía**

Estudiante Lingüística y Literatura
Universidad de Cartagena

Eduardo mira triste la luna caer sobre los gatos y a los gatos saltar sobre sus años Perdigones como lágrimas, diría el médico Perdigones como lágrimas, repetían las tías en voz baja Él lloraba.

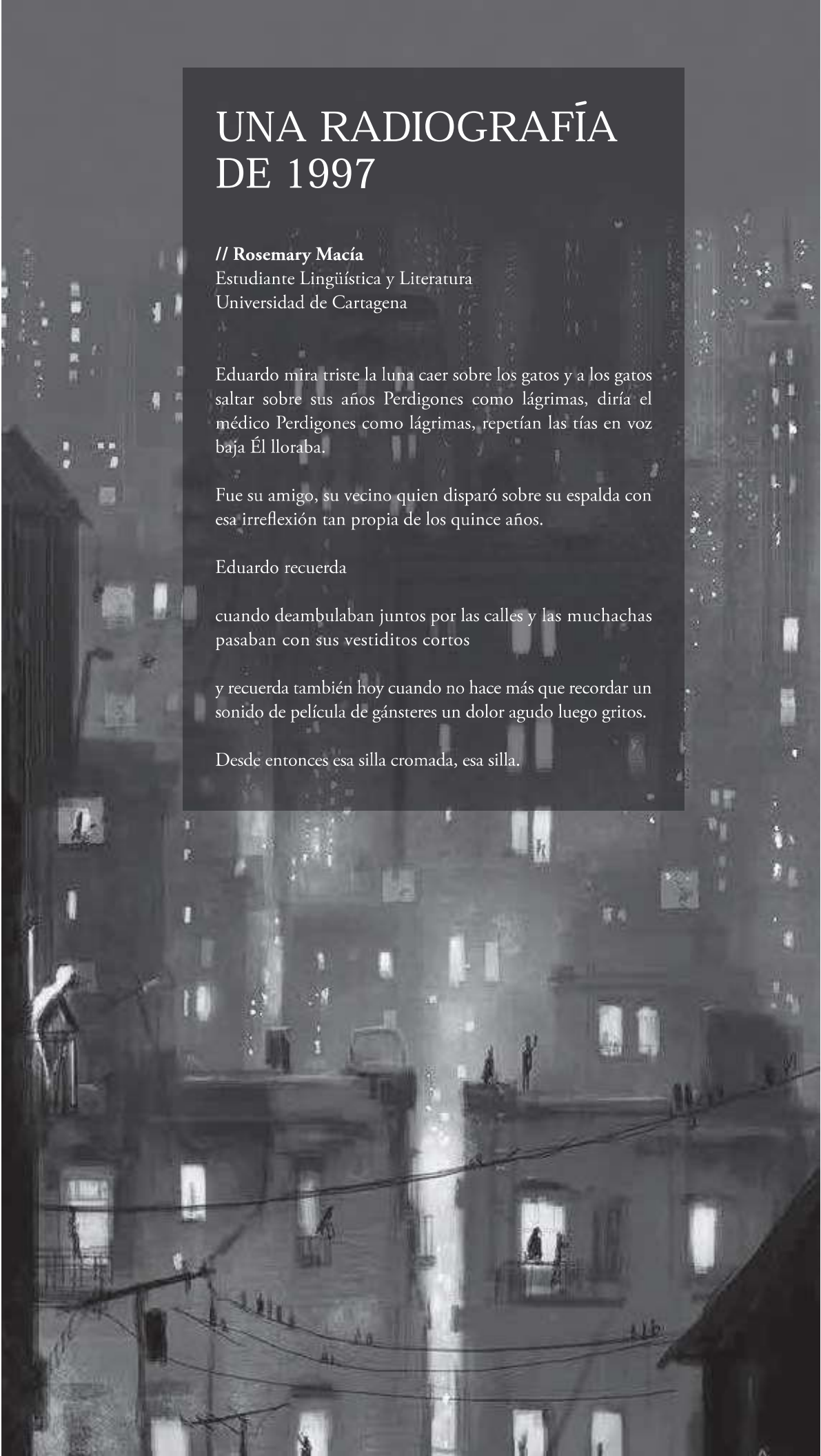
Fue su amigo, su vecino quien disparó sobre su espalda con esa irreflexión tan propia de los quince años.

Eduardo recuerda

cuando deambulaban juntos por las calles y las muchachas pasaban con sus vestiditos cortos

y recuerda también hoy cuando no hace más que recordar un sonido de película de gánsteres un dolor agudo luego gritos.

Desde entonces esa silla cromada, esa silla.



ESE RINCÓN DEL MUNDO QUE NOS ROBAMOS

// **Julio César Márquez**

Estudiante Comunicación Social
Universidad Tecnológica de Bolívar

En un rincón de la casa de Howard
el humo dibuja sonrisas
y la gente anda elevada
cantando *Work de Iggy Azalea*
tomando jugo de maracuyá con aguardiente
y bailando
La casa se hace extensa
ese arca Noé maldita
lleva en su vientre
maricas y areperas
Los vecinos
quieren comprobar el rumor
el pecado y la desvergüenza
se han tomado la casa
Ahí está Howard
un tipo alto de barba poblada
que habla como lanzando conjuros
para derribar las fronteras del mundo
y a su lado Gian Carlos
el negro bajito
que parece inofensivo
pero va nombrando las cosas
creando laberintos que guarda en sus ojos
blindando sus puntos débiles
con argumentos-bomba
Los vecinos observan
un par de orejas de conejo
saltan a la vista
Alex se mueve entre sombras
como recorriendo una ruta
hacia algún lugar prometido
quizás el Edén
la tierra de Moisés
o cualquier pedazo de suelo
en el que sea posible acurrucarse
sin el temor a ser descubierto
Los cuerpos danzan
en medio de la sala
como liberándose de sus moldes
Los bailarines
-esos sujetos
mitad mariposa-
dejan con cada paso
una estela de triunfo

Triunfan ante los ojos
que escudriñan sus poses quebradas
una vuelta y queda la manito rota
un desfile: punta – tacón
y contoneo de caderas
Los ojos siguen fijos
la Zhai y su afro están al fondo
los vecinos la adivinan entre sombras
ella suele escribirse en la piel
caminar segura de su cuerpo
Un cigarrillo besa su boca
se enciende
reconoce el sabor de otra mujer
en aquella lengua
Esta es la casa de Howard
y todo es posible
Él se dispara
sale a la terraza
-bueno, bueno, bueno
¿qué pasa aquí?-
la gente se dispersa
La Zhai besa a su compañera
el humo sube
recorre los rincones de la casa
Jean Paul hace un comentario ingenioso
la gente ríe
hace calor
Jean Paul se acomoda el pelo
satisfecho
Hay historias de amor en esta casa
de amores que se quiebran
como hechos de un material frágil
pero no se rompen del todo
queda un hilo fino que los sostiene
también historias de sexo
oscuro
veloz
Los bailarines siguen
Beyoncé los acompaña
I'm a grown woman
y la pasarela aparece
el desfile de hombres vanidosos
José es un modelo casual
con su cabello suelto

que disfruta cada paso y sonríe al público
Jhon camina como bailando
sabe mover el culo
provocar a la audiencia
Deivis domina el escenario
improvisa
la pasarela se hace pequeña
mientras él muestra sus colores
como un animal orgulloso
Es el turno de Rihanna
We're beautiful like diamonds in the sky
la Paola grita
abrazo a Jean Paul y fuma
Todo cambia
La nostalgia nos habla al oído
las cuerdas de una guitarra
acompañan el momento
la sala es invadida
por el coro de voces
que canta una canción de Gian Marco
Y yo

ahí sentado
quiero guardar todo en mi cabeza
llevarme cada detalle
ser el testigo que cuente
que esta casa de Howard existi o
y ser capaz de reconocer las historias falsas
que se digan de ella
porque solo yo sabr  la verdad
El humo me rodea
la música
Howard llega a mi lado
- Nena, esta gente está muy pot!-
reímos
pactando con el tiempo
la posibilidad de seguir siendo eso
un extremo del mismo gesto
gente que le roba al mundo
un trozo de su geografía
para tener
por una noche
un sitio al cual pertenecer. **E**

